

— Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
porque alejado de su dueña un día,
rotas ya sus cadenas, no comía
el pan de la dichosa servidumbre. —

Y cuando esto escribía,
besándolo al grabarlo, tiernamente,
es la pura verdad que ella gemía:
aunque es verdad también que al mes siguiente
ya este recuerdo era una cosa fría.

CANTO CUARTO

I

Seis meses, y algo menos, van pasados,
y ya Jacinta, abandonada, prueba
el rigor de los hados;
ya de sus ojos á su boca lleva
dos surcos por las lágrimas trazados;
pues el dejar de amarse dos cañados
es una historia vieja, siempre nueva.

II

Pasan las ilusiones,
y más las ilusiones amorosas,
y en esa confusión de confusiones
en que parecen ya todas las cosas
una grande humareda de visiones,
la buena de Jacinta, que creía
que el Etna ante su amor se apagaría,
que tuvo en este valle de amarguras
la suerte natural de las mujeres
(rebaño de apacibles criaturas
que llenando la tierra de placeres
recogen á su paso desventuras),
tan noble y religiosa como bella,
en su inmenso dolor se vuelve al cielo,
porque, un poco olvidada, empieza en ella
de la ilusión el lúgubre deshielo;
mas, reina superior á su caída,
haciendo frente á las pasiones malas,
en su honradez se siente sostenida,
cual se sostiene el águila en sus alas.

III

Y aunque el amor ahora
es, como antiguamente,
un duelo en que hay traidor precisamente,
y alguna vez también en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
y á veces, por variar, llora y escribe;
y aquella antigua rosa, hecha azucena,

se muere de dolor, porque no vive
atada al eslabón de su cadena;
solitaria, las lágrimas que vierte,
del fondo de aquel mar perlas preciosas,
las vierte silenciosas
para que nadie entienda
cuál es la causa de su triste suerte,
porque es de esas mujeres valerosas
que del deber por la terrible senda
van al través del fuego y de la muerte.

IV

Desde el funesto día
en que ya de su amor perdió el encanto,
si alguna vez reía,
su risa, más que risa, parecía
la amarga contracción próxima al llanto;
y siempre enamorada
cual estarlo pudiese esposa alguna
por su esposo olvidada,
de su pena y su amor arrebatada,
ya escribía canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario y sin amores,
su propia historia convirtiendo en cuento,
templaba sus dolores
volviendo á oír cantar los ruiseñores,
gemir la fuente y suspirar el viento;
y hermosa, rica, perspicaz, honrada,
sola, triste, benévola, estudiosa,
poetisa, mujer y abandonada,
tanto y tan bien lloraba y escribía,
que de su amor y su dolor retumba
el eco todavía
en esta corta y lúgubre elegía
que se halló en sus memorias de ultratumba.

V

«A un canario infeliz porque era mío,
la inútil libertad le dí insensata,
y á buscarme volvió; pero yo, ingrata,
cerré el postigo, y se murió de frío.

»El esclavo que es fiel nos causa hastío,
y amamos al tirano que nos mata:
siempre es y fué la libertad más grata
tener presa en otra alma el albedrío.

»Libre correr, para humillar la frente
cambiando de cadena; he aquí el calvario
de todo libre ser que vive y siente.

»El hombre, prisionero voluntario,
dará su libertad eternamente
por vivir en prisión como el canario.»



LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina la Sra. doña Elvira Irulegui de García Caballero

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente. — CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO. — ESCRIBIRÉ MAÑANA

I

Del mar junto á la orilla
está Vega, lugar que, aunque pequeño
para ser una villa,
casi es un Londres para ser aldea;
y allí vive, en el punto más risueño,
tejiendo y destejiendo Dorotea
la tela de Penélope de un sueño.

¡Pobre niña que aun vive
con la fe de esas almas tan honradas
que creen que las promesas son sagradas,
y un ángel en el cielo las escribe!

II

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,
si veis que el autor llora
al recordar ahora
memorias que no tienen semejantes!

¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
sofocan los recuerdos de la infancia!..

¡Yo, al restañar esta mortal herida,
me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III

Nuestra bella heroína
cumplía quince abriles aquel año,
y, lo que es increíble por lo extraño,
se murió sin saber que era divina.

Es la sola mujer que he conocido,
aunque ya soy tan viejo,
que con aire modesto y distraído
se peinase de espaldas al espejo;
y eso que era envidiada
por todas las muchachas casaderas,
cuando, admirablemente despeinada,
llevaba, entre ondas de oro sepultada,
cubiertas con el pelo las caderas.

IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía,
como todas las almas candorosas,
que Dios suele matar por muchas cosas
por las cuales yo vivo todavía.

Severa, cuanto afable,
honra de sus padres la nobleza,
teniendo una belleza incomparable,
y un alma superior á su belleza;
y pura, como el día
que recibió las aguas del bautismo,
no entendía el misterio de los nombres
de esas cosas de que habla el Catecismo,
que una joven llamó «pecados de hombres.»

V

Nuestra hermosa de Vega
á Justo amó; pero le amó tan ciega,
que ajena de dobleces y de engaños,
en todos sus quince años
no pensó ni un momento
que es una gran locura
que nunca tiene en las mujeres cura,
eso de amar á un hombre de talento.

Sin poner la virtud en ejercicio,
todos, todos, de Justo aseguraban
que ya empezaba á aborrecer el vicio.
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
amaba la moral que profesaban
como buenos y cómodos varones
los Horacios, los Riojas y Leones.

Iba por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido;
y seguía las huellas
de esos nobles bribones
que hablan mal y desprecian sus pasiones,
y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI

Pero Justo ¿qué hacía,
qué prometió escribir á Dorotea,
y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía? — Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
se iba el tiempo marchando y no volvía,
y de este modo Justo y Dorotea
mientras ella esperaba, él no escribía;
pues aunque en ansia de escribir ardía,
en su alma, entre española y mahometana,
pudo más la pereza que la gana,
y así pasaba un día y otro día
diciendo siempre: — escribiré mañana. —

VII

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito
á aquel ser adorable y no adorado,
viendo en sus ojos el color sagrado
del violeta azul de lo infinito?...

VIII

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
tomó un día la pluma...
y después de tomada...
decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
se fué pasando una semana entera:
Lunes; me siento enfermo.
Martes; ¡es tan mal día!
Ya es *miércoles.* ¡Qué sol! La tarde es fría.
Jueves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viernes* me da susto;
será mucho mejor, á fe de Justo,
que mañana, que es *sábado,* la escriba,
y el *domingo,* que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
cuando el domingo llega,
mientras él, con la calma que tenía,
— Mañana escribiré — se repetía,
en el puerto de Vega,
ya presa de mortal melancolía,
ella decía: — ¡Escribirá mañana! —

IX

Ya un día entusiasmado
al papel y al tintero se abalanza,
mostrando en su semblante alborozado
la alegre animación de la esperanza:
y — ¡oh Dios, cuánto la adoro! —
decía enamorado.
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
mas no falta quien crea
que no escribió á la pobre Dorotea
la carta deseada
porque ¡oh maldad del corazón humano!
el día aquel se lo estorbó la mano
de una cierta coqueta retirada.

X

Otra vez que, exaltado y medio loco,
quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco:)
como un niño pequeño
se echó enfadado y se durmió tranquilo;
que es el cansancio material un hilo
que tira de nosotros hacia el sueño:
y como á los veinte años que tenía,
el dormir bien no es una cosa rara,
ya á más de la mitad del otro día
dijo, brillando en su apacible cara
la risa del candor que en Dios confía:
— Por voluntad del cielo soberana
mañana podré estar ó muerto ó vivo;
pero, lo que es mañana,
lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo. —

XI

¡Siempre igual! Esperando la venida
del mañana maldito,
¡cuántas cartas, Dios mío, en esta vida
debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas! .. pero ¡tantas!...
las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo ¡cuántas
sin deber ser escritas, se escribieron!

CANTO SEGUNDO. — MAÑANA ESCRIBIRÁ

I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,
piensa sólo en la carta que no escribe,
ella, encerrada en Vega,
sólo espera la carta que no llega.

II

Tan eterna tardanza,
ya la inquieta de modo
que siente intermitencias de esperanza:
y cual la pobre gente
que es muy poco feliz y es inocente,
ya cree que el cielo se entromete en todo,
y que, probablemente,
en castigo tal vez de algún deseo,
la mano del Señor secretamente
le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,
por la cual, imitando á Dorotea,
no hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
la natural superstición del que ama,
si canta un gallo en el jardín, exclama:
— Esa es señal de que mañana viene. —

Para todas las luces y los ruidos,
sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor y dice: — es el cartero; —
y llega á ser este héroe callejero
la más dulce tal vez de sus manías,
pues firme en el balcón como una roca,
abre, al verle llegar todos los días,
el corazón, los ojos y la boca.

III

Tanto era lo que amaba,
que daba por muy justas y muy buenas
sus muchísimas penas
si la carta llegaba;

y darle prometió, si se casaba,
á San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! la pobre ignoraba
que en materias de amor y matrimonio,
por muy triste que sea,
puede más que los santos el demonio...
Por eso no veía Dorotea
lo mal que se portaba San Antonio.

IV

Era tal la inocencia
que á su amorosa obcecación se unía,
que haciendo penitencia,
de rodillas y en cruz, pasaba el día;
y acabando su historia
en la esperanza y la virtud cerrada,
más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
siendo su fe tan pura y tan ardiente,
que se puso á pan y agua solamente
como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías
y dispuesta á hacer frente á los reveses
de tantos desengaños,
como dió fin un mes de treinta días,
un año se pasó de doce meses,
y pasaría un siglo de cien años;
siendo ya tan completo
su triste estado de ascetismo inerte,
que, para ser de veras esqueleto,
ya no faltaba allí más que la muerte.

V

Como ella por su médico sabía
que se suele morir cuando amanece
(suspirando una tarde, en que parece
que da un adiós al sol, padre del día),
en su cara preciosa
más bien que iluminada, luminosa,
mostrando la expresión de un grande espanto,
sacó del pecho, humedecido en llanto,
aquella llavecita sigilosa
que todas las mujeres guardan tanto;
llave de honor, bajo la cual había
dejado, á no dudarlo, bien cerradas,
las cien contestaciones que tenía
á la carta no escrita preparadas.

VI

¡Cuántas madamas Sevignés habría
si saliesen á luz los borradores
de las cartas de amores
que en el seno del alma se conciben,
y se escriben después, ó no se escriben!

¡Yo creo que los muchos desengaños
que dan los hombres de malicia henos,
matan todos los años
un millón de Eloísas por lo menos!

VII

Pues, como antes decía,
entre risueña y grave,
así le habló á una amiga que tenía:
— Si mañana me muero,
me esconderás aquí, junto á esta llave,
una carta que espero. —

Y ya cumplido este deber postrero,
el más caro tal vez de sus deberes,
vuelve á guardar la llave
(que sólo Dios lo que encerraba sabe)
en aquel pecho hermoso,
ese rincón de cielo misterioso
donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
y la carta esperada no venía,
— ¡Cuánto siento — añadía —
morir sin aprenderla de memoria! —
Y acabada esta frase,
sintiendo ya acercarse su agonía,
la carta que pensaba que llegase
la estrujó entre sus manos todo el día.

VIII

Mientras su alma enervando
se iba al calor de su divino fuego,
fué su cuerpo acabando
primero el hambre y la tristeza luego;
y de tal penitencia aniquilada,
como ni ver ni articular podía,
ya en lo eterno infinito se perdía
lo mismo que su acento su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
de una manera lúgubre tosía,
y como lentamente
se iba haciendo su tez más transparente,
su espíritu divino parecía
que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX

Hasta que al fin un día, un triste día,
la cabeza inclinando,
que una gorra de encajes envolvía
sujeta por debajo de la barba,
se oye un tartamudeo de agonía:
con los dedos las sábanas escarba;
distribuye unos éxtasis mirando;

se cubre de una sombra su semblante;
y en su lucha tenaz de agonizante
vuelve á caer y alzarse, y titubea;
una oleada de frío serpentea;
y hundiéndose de pronto su martirio
en la inmersión de un celestial delirio,
en el último instante de su vida
ve en un fondo de luz desconocida
lo que al morir, como al vivir, desea,
y es una carta, en su ilusión fingida,
en cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
el triste fin de la que fué su encanto,
sentía, como Dante, aquel deseo
de suspirar y de morir de llanto.
— ¿Ha muerto? — el pobre Justo preguntaba
en el tono más alto del lirismo;
— ¡Qué desgracia! — exclamaba —
¡yo que la iba á escribir mañana mismo! —

XI

Nunca escribió la carta deseada,
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
ni ha sido más predicho,
ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
mas ¿qué culpa tenía el inocente
si siempre, como á mí, le faltó un poco
para ser diligente?

El caso es que lloraba sin consuelo,
porque era bueno, bueno, y, lo repito,
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡oh fiel imagen de las cartas mías!
tan cierto es como Dios está en el cielo,
que, amándola infinito,
él pensaba escribir todos los días.

XII

Y era su pena tanta,
que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
é implorando el auxilio de este modo
del Ser que en todas partes lo ve todo,
pidiéndole perdón por sus agravios,
en oración mental mueve los labios;
y hasta, en medio de un bíblico arrebato,
casi escribir promete el insensato
aquella carta que quedó en idea,
cuando mira entre luz á Dorotea,
que desde el cielo le decía: — ¡ingrato! —



EL QUINTO NO MATAR

POEMA EN UN CANTO

Carta escrita á la niña PEPITA SANDOVAL Y KRUS, con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.

I

Con que ¿imperiosamente
me mandas en tu carta peregrina
que te diga á tí cosas y te cuente
la historia de mi ahijada Guillermina?

En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,
te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;
y con respecto al ángel de pureza
de unos ojos tan grandes y tan bellos
que se veía en ellos
cuanto más grandes eran, más tristeza,
te contaré que es tan fatal mi suerte,
que soy como aquel bardo de la historia
que, mientras tuvo voz, arpa y memoria,
cantó á una niña *ausente por la muerte*.

II

Con un mirar muy dulce y concentrado,
lo pobre ahijada mía,
como el tuyo, tenía
un aire serio, encantador y honrado.
Tú sola eres tan bella;
tú eres como ella el sol más hechicero;
y tú también, como ella,
eres un ser que con el alma quiero.

Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos, por modestia algo asustados;

y como, en torno de ellos, se sentía
la seducción que viene desde adentro,
donde quiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría.

Mórbida y gruesa con igual encanto,
era airosa aun cubierta con un manto;
y de salud y de bondad modelo
se parecía al serafín de un cielo;
pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
á la luz de un candor inextinguible,
aquella niña buena y hechicera
parece que podría, si quisiera,
ser impalpable, es más, ser invisible.

III

Un día aquella niña candorosa,
avezada á las tiernas efusiones,
con cierta ortografía caprichosa
me escribió estos renglones
(que los copió, dictándose los ella,
otra *Licurga* grande y menos bella),
cuyas letras, cual notas musicales,
en fantásticas formas dibujadas,
recordaban, en grupos desiguales,
los dedos misteriosos de las hadas:
— «Padrino, ven, ó moriré de espanto:
de veras te lo digo.
Como en un mes he padecido tanto,
tengo un hambre voraz de hablar contigo.